ciudad, digna por sus monumentos y magnificencias de mejor suerte, y si bien Seleucia y otras ciudades se levantaron aprovechándose de sus despojos, ni llegaron á alcanzar el esplendor de aquélla, ni sus nombres han dejado en la historia la estela que tras sí dejó Babilonia.

7.° *Egipto.*—Si los trabajos de sabios modernos han desentrañado muchos de los misterios del Egipto, la historia no ha sido lo suficientemente afortunada para saber algo exacto de la vida de aquel pueblo, durante el reinado de las primeras de aquella interminable serie de dinastías; pero como nosotros nos limitamos á consignar, y esto muy sucintamente, el carácter y hábitos de aquel pueblo, en cuanto al comercio se refiere, bástannos las noticias llegadas hasta nosotros, aunque por desgracia sean muy escasas.

País esencialmente agricultor y dotada su tierra de una feracidad por cierto poco frecuente, gracias á las periódicas inundaciones del Nilo, que al depositar en ella sus sedimentos la fertilizaba en extremo, hubo este pueblo de construir grandes diques, canales y presas como la del lago Meris, y abrir numerosos caminos y establecer comunicaciones terrestres y fluviales, merced á la condición de dicho país. Pueblo esencialmente agricultor, decíamos, no se dedicó al comercio sino en épocas más adelantadas, pues que si bien es cierto que entre las seis castas en que aquel pueblo se hallaba dividido se distinguían los artesanos y marineros, éstos no navegaban por el mar, considerado como un líquido impuro del que ni la sal ni la pesca podían aprovecharse. Hasta los Ptolomeos no se conoció el tráfico marítimo, abandonándolo en manos de los fenicios y aplicando los adelantos de la astronomía á la agricultura y á los cálculos del tiempo, nunca á la navegación.

El comercio de tierra seguía dos caminos, uno por Siwah, otro por la Etiopía; ignórase hasta qué parte del Africa penetraban las caravanas que se dirigían por el primero, y por el segundo acudían al litoral, punto de reunión de los barcos fenicios y árabes, que tomaban allí los cargamentos, especialmente el oro de la Etiopía, medida de los valores. La industria fabricaba lienzos, que conocemos por ser la usual envoltura de las momias, instrumentos de agricultura, arados, cestas, vidrios, etcétera, etc.

La fundación de Alejandría constituyó á ésta en centro mercantil, y fué, sin duda alguna, una de las principales causas, con el deseo de Alejandro de librar á la ciudad que llevó su nombre de una temible concurrencia, de la destrucción de Tiro.

A los Ptolomeos se debe el gran progreso que Egipto alcanzó bajo su dinastía: utilizándose de los marineros y patrones fenicios que pasaron á su servicio, constituyó bien pronto una potente marina, con la que no solamente se limitaron al comercio de cabotaje, sino que emprendieron la grande navegación por el estrecho de Bab-el-Mandel á la India. Estos mismos Reyes protegieron la industria, la astronomía, las matemáticas y otras ciencias que perfeccionaron el comercio. Por último, Augusto organizó viajes colectivos á la India, protegiendo los navíos con soldados enviados al efecto contra los ataques de los piratas, viajes que se hicieron periódicos, comenzando á mediados del verano y haciendo Plinio su itinerario.

8.° *Fenicia.*—Fenicia ocupa uno de los primeros puestos en los anales del comercio, y no sin razón se ha comparado á ella la moderna Gran Bretaña; Fenicia debería llenar no poca extensión en la historia del comercio, pero con éste como con los demás pueblos de la antigüedad, nos encontramos con la falta de datos, escasez lamentable que ya en otro lugar apuntábamos. Procuraremos

dar en pocas palabras una idea lo más aproximada del carácter de aquel pueblo.

Ocupaba Fenicia, en parte de la Siria, una lengua de tierra de poca extensión y que no teniendo gran cantidad de productos naturales, á no ser las maderas finas, de donde se afirma que en Fenicia se compraron los cedros para la construcción del templo de Jerusalén, debió dedicarse al comercio y proveerse de aquello que le faltaba y que le era necesario. Constituia Fenicia á modo de una confederación, cuya primer capital fué Sidón, pero confederación en la que cada ciudad conservaba, así como sus colonias, su libertad é independencia, gobernándose Fenicia por Reyes, aunque la constitución política tendía más bien á la república por las limitadas y contadísimas facultades dejadas á los Monarcas fenicios. Sidón, deseando gozar de los beneficios de un puerto, fundó á Tiro, que prevaliéndose más tarde de las ventajas que su posición le daba, se constituyó en la capital y predominante ciudad del reino.

Débiles los fenicios y poco aptos para la guerra, ni se distinguieron en las luchas con otros países, ni en las conquistas, pero expuestos á las miradas de los conquistadores de aquellos tiempos, debieron su independencia á la astucia, á la hipocresía en muchas ocasiones, razón por la que han sido tildados de carácter poco noble. Su retraimiento en las guerras que por aquel entonces asolaban á la humanidad y su constante neutralidad, no fueron bastantes á conservar su independencia; debieron ceder, aunque con cierta prudencia y previsión, á la dura necesidad, sometiéndose á los persas *voluntariamente*, y conservando de este modo su régimen interiór, la omnímoda libertad de que el comercio disfrutaba en aquella nación, y obligándose con Persia al pago de un tributo y al envío de un contingente de su flota, á la que Xerxes

armó contra Grecia, batiéndose y siendo derrotados, aunque sin perder el honor de su nombre, en el célebre combate naval de Salamina. Tras la dominación, aunque dulcificada, de los persas, vino la declinación de la liga fenicia, cuya ruina determinó la destrucción de Tiro, separándose entonces sus habitantes y disgregándose entre todas las naciones, donde sirviendo como pilotos, hicieron el último servicio á la causa del comercio, al sembrar sus conocimientos náuticos entre los principales pueblos conocidos y especialmente en Egipto.

Tres elementos tenemos que examinar en la historia comercial de este país; viajes y colonizaciones, inventos y objetos del tráfico, respecto á los cuales, es decir, á los últimos, nada tenemos que añadir pues que comerciaban con todos los paises, con los productos indios, árabes, el oro egipcio, el vino de Armenia, las armas persas, los aceites y cereales de Siria y Palestina, las drogas y perfumes de la Arabia, las maderas de su país, la plata, estaño, plomo, cobre de España y, sobre todo, con los esclavos y esclavas, adelantándose por el Mar Negro hasta la Caucasia en busca de sus renombradas bellezas, pagadas entonces como siempre á precios fabulosos.

En la colonización y descubrimiento de nuevos países puede decirse que todo quedó como ellos lo dejaron hasta los audaces viajes de los aventureros españoles. Se les atribuye un viaje de circunvalación al Africa de orden de Neco, Rey de Egipto, afirmando Heróclito su exactitud y las noticias prodigiosas y hasta terroríficas que de aquellos pueblos trajeron; fueron á la India, el Ceylán, á todos los países del Mediterráneo, fundando en España á Cádiz, y estableciendo otras varias colonias; se posesionaron de las Baleares, de la costa Norte de Africa, llevando sus navíos hasta Cabo Verde, y aun, según mu-

chos, hasta las Islas Canarias, y sin duda al mar del Norte de Europa, á pesar de cuyos viajes conservaron el Mediterráneo como centro de su comercio, fundando en Chipre su estación marítima más próxima, llevando la cultura á Grecia y Rodas, pasando á este Archipiélago y penetrando los primeros en el Ponto-Euxino, constituyéndose también en Sicilia y en Cerdeña y conservando en el Africa sus colonias de Cartago, la sucesora de Tiro, Hipona, Utica y tantas otras. Su comercio de tierra se extendía por toda Arabia, tanto la Oriental, como el Yemen y el golfo pérsico.

Entre los inventos cuéntanse como propios de los fenicios el alfabeto, la escritura, el vidrio, la fabricación de lanas, la tintura de púrpura, la aritmética, invenciones bastantes para consolidar para siempre el renombre de un pueblo, que tan rico legado dejó tras sí á la humanidad.

9.° *Cartago.*—A la destrucción de Tiro surgió como Metrópoli Cartago, que conservó hasta los últimos tiempos sus lazos de unión con la madre patria, si bien voluntariamente, ayudando á aquélla en su lucha contra Alejandro. A Cartago fueron á parar gran parte de los recursos de Fenicia, y sin duda alguna, todos los talentos mercantiles de la arruinada metrópoli. Con estos elementos fácil es comprender que seguiría en un todo las huellas de aquélla, diferenciándose tan sólo en que para proteger su comercio tuvo que crear una verdadera marina militar, porque ya habían pasado los tiempos en que nadie se oponía á los fenicios, dada su incuestionable preponderancia sobre los mares de los que era dueña absoluta. Continuó, pues, Cartago la senda tan brillantemente trazada por su antecesora, llevó á cabo Hamon, su conocido viaje, partiendo con 60 navíos y 2.000 individuos de ambos sexos, y siguiendo el derrotero del Africa occidental hasta Senegal y Senegambia, apoderóse de Cerdeña y Córcega después de sangrientos combates con los etruscos, y si no consiguió someter á Sicilia fué sin duda por la intervención de Roma. Conservó las colonias españolas y las Baleares, apoderóse de toda España, causa ocasional de las guerras púnicas y legó á la posterioridad el nombre de Annibal que con sus ejércitos llegó á las puertas de Roma; distinguióse por su habilidad en hacer tratados, acuñó moneda, á lo que parece probable, y creó unos signos monetarios que tenían curso en Cartago, consistentes en pedazos pequeños de cuero en los que se grababa dándoles un valor determinado.

A pesar de su grande poderío, sus ejércitos fueron impotentes contra Roma, pues que formados por mercenarios, ya que los cartagineses se libraban del servicio mediante una cantidad, carecieron del amor á la patria, único capaz de las mayores empresas, sin embargo de lo cual pusieron en peligro el poder de Roma, y por último fueron vencidos, su ciudad destruída como lo fué Tiro, y sin que llegasen hasta nosotros otras noticias acerca de su constitución que las que Roma nos suministró que era demasiado parcial, para no dudar de sus asertos. Existió un patriciado que se dividió en dos bandos, fundó Cartago-Nova (Cartagena), y de su existencia sólo dejó las tristes ruinas que aun hoy se conservan en el litoral africano.

10. *Grecia.*—No sin pena nos separamos de Cartago, última etapa del esplendor y del genio emprendedor desarrollados en el comercio por los fenicios, pues que con la destrucción de Cartago se abre un gran paréntesis en la historia mercantil, ya que su rival y vencedora Roma, esencialmente guerrera y conquistadora, despreció el comercio como ocupación vil, faltándole, por lo tanto, la afición á los viajes y descubrimientos.

Grecia no se presenta en el comercio á la misma altura

á que la filosofía, la política, las ciencias y las bellas artes llegaron en aquel pueblo; diferenciábanse notablemente su régimen y modo de ser del de los fenicios y cartagineses, pues que Esparta, dada su constitución, no existe para la vida del comercio, así que Atica y el itsmo de Corinto fueron el teatro principal del comercio de aquel tiempo.

En la navegación, por ejemplo, estaban estos pueblos muy por debajo de los fenicios, y si bien es cierto que progresaron algún tanto en la construcción naval, nunca adquirieron la misma perfección que aquéllos, aun cuando más tarde los navíos se asemejaran á los construídos en Fenicia, lo que nos permite suponer que de este país se enviaran á Grecia constructores para establecer y organizar sus arsenales. De todos modos, los griegos fundaron colonias lejanas en las costas de España y Francia y en el Asia Menor, y llegaron á la Gran Bretaña y á Germania; pero estas colonias se diferenciaron esencialmente de las fenicias, en que más bien que mercantiles, eran políticas, situadas en puntos que pudiéramos llamar estratégicos, y entre las cuales sólo Marsella, gracias á su envidiable situación, ha conservado hasta nuestros dias su importancia y prosperidad comercial, debiendo á los griegos sus plantaciones de viña y olivo.

Las conocidas expediciones de los Argonautas y del Vellocino de oro, tuvieron un objeto comercial, pues que se dirigieron á buscar las supuestas minas de oro de la Cólchida; pero si en el comercio no se distinguieron bajo el punto de vista de la civilización no cabe lugar á duda, que casi todas las expediciones de los griegos fueron las más importantes de la antigüedad, pues que en las colonias al lado del mercader y del soldado se hallaban el sabio, el estadista y el poeta, que rindieron grandes servicios no sólo á Grecia sino á la humanidad, debiendo los atenienses gran parte de su prosperidad comercial á uno

de aquellos sabios, á Solon, que con sus leyes conquistó la inmortalidad.

El diferente régimen positivo de los distintos Estados en que se hallaba dividida, influyó mucho en el estado próspero ó adverso del comercio de cada uno de aquellos pueblos, y un estudio comparativo que de los mismos podría hacerse corrobora la tesis de que el comercio necesita de la libertad como primer elemento de su vida. Esparta, Tebas, Atenas, Corinto y otros pueblos demuestran nuestro aserto.

En Atenas el artículo más importante del comercio fué el trigo, ya que el Atica no daba los cereales necesarios para el sustento de los atenienses, su exportación estaba prohibida y solamente en las épocas de grande abundancia de granos se permitía su salida para los demás pueblos de la Grecia. Este comercio estaba intervenido por el Estado, quien hacía distribuciones gratuitas del trigo, ó lo vendía á precios bajos al llegar los convoys á Atenas escoltados por numerosas escuadras militares.

Corinto distinguióse sobre Atenas, gracias á su posición en el tráfico comercial, y aquel punto llegó á ser centro muy importante de contratación, al mismo tiempo que manufacturero por sus alhajas, esculturas, bronces de Corinto, mosaicos, objetos de lujo y otros mil á cual más artísticos; pero la destrucción por los romanos de esta ciudad privó á la humanidad de sus ricos y preciados tesoros.

Corfú, dependiente de Corinto, Negroponto de Atenas, Chipre, del que ya hemos hablado, Creta, célebre por librarse de la piratería después de la destrucción de Cartago y Corinto, Rodas conocida por sus leyes de navegación, Míleto que sucedió á Tiro en su potencia marítima y comercial, y otras tantas ciudades distinguiéronse en el comercio, traficando con la plata de España, el ambar de Prusia, las tejidos de Mileto, el oro del río Pacto-

lo, los ganados, la lana de los corderos negros y de los conejos y cabras de Angora de la Frigia, los aceites, vinos y frutas del Asia Menor, los granos, la peletería, el ganado y los esclavos de la Scitia, el oro de la Siberia, el *sylphium* de la Cirenaica, los caballos, aceites, etc., de las cercanías de Cireno, etc., etc., fueron los objetos del comercio de aquellos pueblos.

Antes de terminar esta breve reseña del comercio de aquellas naciones, mencionaremos la Lidia, primer depósito del comercio interior asiático y primer mercado de esclavos, así como de los productos de sus fábricas de juguetes, baratijas de lujo, etc., y la colonia griega de Sicilia, cuya capital Siracusa, granero de Roma y puerto de importación y exportación del imperio romano.

Imposible nos sería, á no alargar indefinidamente este trabajo, extendernos sobre la historia de cada Estado y de cada colonia griega, así como de lo mucho que las ciencias les son deudores, lo que después de todo consideramos innecesario, pues que de todos es bien conocido el apogeo que tanto en aquéllas como en las artes alcanzó la maestra de la humanidad, la sabia Grecia.

11. *Roma.*—Roma, la antigua dominadora de casi todo el orbe conocido, la que extendía su dominio férreo por casi toda Europa, la que se distinguió en la guerra, en la política, en el foro, en el Senado, la maestra del derecho, cuyos inmortales monumentos jurídicos, levantados por aquella numerosa pléyade de jurisconsultos, informan todavía las legislaciones todas de la vieja Europa, significó la total ruina y el aniquilamiento del comercio, tanto, que si en todos los ramos del derecho, al estudiar sus vicisitudes, Roma ocupa un lugar preeminente, no ocurre lo mismo en la historia del derecho mercantil, pues que este imperio señaló la última etapa del decaimiento del comercio, señalado en la destrucción de Tiro.

Distinguióse la ciudad de Rómulo en sus expediciones guerreras y á ellas dedicó toda su fuerza y poderío, fundando colonias no mercantiles, sino militares, en las que no se oía el ruído ensordecedor de los cambios, de los trabajos industriales, sino el reposo del campo atrincherado y la uniformidad de las disciplinadas legiones romanas. Destruyó cuanto otras naciones mercantiles habían fundado y alimentóse del despojo de sus riquezas, llevándolo todo á Roma, donde la afluencia de metales preciosos y otros objetos de valía desarrolló aquel lujo inconcebible y del que apenas podemos formarnos idea. Tuvo escuadras, sí, pero las dedicó á campañas militares, absteniéndose de ponerlas al servicio del comercio ó de enviarlas á viajes de exploración, en demanda de mares ó tierras desconocidas. Los Gobernadores de las numerosas provincias romanas cometieron toda clase de crueldades, enriqueciéndose á costa del país sujeto á su mando, y cuando el Erario público estaba exhausto, hacíase una expedición que terminaba con el pillaje y el robo del pueblo vencido.

Roma, educada en todos los desenfrenos de un lujo asiático, necesitaba de todos los objetos de que ella carecía, y á éstos, así como á los alimentos más necesarios á la vida, reducíase el comercio de aquel imperio, comercio puramente pasivo, pues que nada se exportaba de aquella nación, cuyos únicos deseos se hallaban concentrados en las grandes fiestas, en las lúbricas orgías y en los combates de fieras. *Panem et circenses:* he aquí las palabras que expresan más gráficamente el carácter de aquel pueblo.

El comercio hallábase vilipendiado, considerábase persona vil al comerciante, prohibiendo la ley Flaminia esta profesión á los Senadores y abandonándola en manos de los bárbaros (extranjeros) y de los esclavos. Los granos